

¿En qué se apoya, en efecto, el Sr. Eguilaz para decir que en el hombre, además del cuerpo y del alma, existe un espíritu distinto de esta, paralelo y proporcionado al cuerpo, é inferior al alma, puesto que es una forma transeunte y una fase pasajera de esta? ¿Qué razones ó pruebas aduce para demostrar ó hacer probable siquiera que el alma no es ni espíritu puro, ni pura materia, que puede producir y hacer brotar de su seno una série infinita de cuerpos nuevos y de espíritus nuevos, que se transforma, en fin, ó trasmigra de un mundo á otro, realizando una série infinita de vivificaciones sucesivas, despojándose de tal cuerpo y tal espíritu para revestirse de otros, á manera de crisálida ó renacuajo? Ninguna en realidad. Es decir, que aquí no hay mas que una novela krausista, la cual solo puede llamarse filosófica en cuanto se refiere á un problema filosófico, pero no por entrañar método ó procedimientos propios de la filosofía. Con harta mayor razon pudiera llamarse novela irreligiosa, habida razon de sus conclusiones prácticas, no menos que de sus afirmaciones y negaciones, incompatibles absolutamente con la doctrina ó religion católica.

Sin embargo, queremos ante todo ser justos é imparciales para con nuestro filósofo. Hemos dicho que el Sr. Eguilaz no aduce pruebas ó razones para apoyar sus peregrinas afirmaciones, y esto no es rigurosamente exacto. La verdad es que este escritor para evidenciar que el cuerpo y el espíritu del hombre son

dos ramas parciales de un tronco comun, que es el alma, dos formas ó manifestaciones particulares de la misma, escribe lo siguiente: « En el mismo uso comun se dice: *yo tengo un cuerpo, yo tengo un espíritu, y se emplean las locuciones, mi espíritu, mi cuerpo, y otras de igual género; con lo cual implícitamente determina el que habla que se considera á sí mismo superior á su espíritu y á su cuerpo, supuesto que es su dueño, supuesto que tanto el uno como el otro son suyos.* »

¿No les parece á nuestros lectores que semejante razon es convincente y demostrativa? Ello es cierto que así como decimos *mi cuerpo y mi espíritu*, tambien decimos *mi alma*, y empleamos la locucion *yo tengo un alma*; lo cual, segun los principios y el raciocinio del Sr. Eguilaz, probaria que el alma es tambien una forma ó fase de nuestro ser y no la misma esencia del hombre. Empero estas son pequeñeces en que solo pueden pararse los aprendices de filosofía, no los que se elevan á las alturas incommensurables de las especulaciones krausistas. La eficacia y valor científico de semejante prueba, nos dá la medida y revela los sólidos fundamentos en que se apoyan las peregrinas concepciones y las afirmaciones absolutas del Sr. Eguilaz.

Las demás razones que el autor de la teoría que venimos examinando aduce en favor de su doctrina, son tan sólidas y filosóficas como la anterior. Hélas

aquí: «Preguntad á cualquiera de ellos (los hombres) si se satisface con que su madre ó su querida muerta continúe viviendo *como mero espíritu puro*, y estoy seguro de que os contestará que eso no llena y complace por entero, que le parece poco, que no comprende bien de qué modo puede seguir viviendo esa persona simplemente en espíritu; y por último, que si no existe bajo ciertas formas materiales, le es imposible concebir su existencia.» Esto, en buena filosofía, vale tanto como profesar el materialismo puro y neto: vale tanto como decir, que todo cuando existe, sin excluir al mismo Dios, es material y extenso, toda vez que se toman como medida del ser y realidad objetiva de las cosas, no las concepciones de la razon pura, sino las concepciones ó representaciones de la imaginacion, la cual nada puede concebir ni representarse sino bajo la forma de materia y de extension. Hé aquí la deducion legítima que se desprende del raciocinio del señor Eguilaz; hé aquí las consecuencias lógicas de la filosofía krausista aplicada á la inmortalidad del alma humana; hé aquí á lo que quedan reducidas las pretensiones de esa filosofía que á porfia preconizan y ensalzan ciertos hombres, que se nos presenta como el *non plus ultra* de la razon humana, como la verdadera representante del espiritualismo filosófico y cristiano.

Pero sigamos al Sr. Eguilaz en la exposicion de sus razonamientos y pruebas. «Cae un andamio, dice,

sobre un infeliz, y le rompe una pierna, y el cirujano la tiene que acabar de cortar, y el infeliz se queda sin pierna. Ven esto cuatro aprendices de filósofos y exclaman: «Hé ahí la diferencia entre el cuerpo y el espíritu: ¿Puede perder alguna pierna el espíritu?» Seguramente que sí, les respondo. ¿Quién no tiene noticia de alguno que á consecuencia de un golpe material, ó de susto ó de una profunda afliccion, ha perdido, por ejemplo, la memoria de las fisonomías ó de los lugares, ó el juicio, ó cualquier otra forma orgánica espiritual?» Nosotros creíamos hasta ahora que la denominacion de *orgánica* se tomaba de *órgano*, y que todo órgano era material; gracias al Sr. Eguilaz, ya sabemos que hay formas orgánicas y, por consiguiente, órganos espirituales. Gracias al mismo sabemos ya tambien que, cuando á consecuencia y con ocasion de alguna lesion material de los órganos que sirven de instrumentos para el ejercicio de las facultades del hombre, resultan perturbadas ó impedidas algunas funciones sensitivas ó intelectuales del mismo, éste pierde un *pedazo* ó parte de su espíritu, es decir, resulta cortado un brazo ó pierna del espíritu, ni mas ni menos que cuando el cirujano corta un brazo ó pierna del cuerpo.

Si se tiene ahora en cuenta que estas razones ó pruebas, si es que tal nombre merecen, se refieren precisamente á lo que constituye la base fundamental de la teoría que nos ocupa, preciso será reconocer y

confesar que teníamos sobrada razón, al decir que semejante teoría mas bien merece el nombre de novela que el de teoría filosófica. Léanse las cinco proposiciones que condensan y reasumen la teoría del Sr. Eguilaz, y se verá que toda ella descansa sobre la hipótesis de la existencia en el hombre de un cuerpo y de un espíritu como formas internas y como modificaciones del alma que les sirve de centro y de núcleo, superior á ellas y distinto de cada una de ellas como tales. Luego una vez destruida esta hipótesis y reconocida la falsedad de esta afirmación, siquiera no sea mas que en vista de la futilidad de las razones en que se apoya, viene á tierra todo el edificio sobre semejantes cimientos levantado. En realidad, esto bastaría para juzgar definitivamente el valor científico del libro que nos ocupa: añadiremos, no obstante, algunas otras reflexiones.

## II.

Segun arriba dejamos indicado, la teoría del señor Eguilaz acerca de la inmortalidad del alma y su destino futuro, es pura y simplemente una aplicación plagiaria de la teoría de Krause con respecto á Dios, acompañada ó modificada por ciertas afirmaciones y reminiscencias espiritistas. En efecto: así como para Krause Dios es la realidad toda entera, la esencia una, infinita, absoluta, fuera y sobre todo género, pero que al propio tiempo constituye «la totalidad de la esencia fuera de la cual no hay nada, en la cual existe todo lo que existe;» así tambien para Eguilaz el alma es la realidad esencial y única, el verdadero ser, la esencia sustancial del hombre, fuera y sobre el cuerpo y el espíritu, pero incluyendo lo que hay de real en estos, así como Dios, á pesar de ser una esencia fuera y sobre todos los seres determinados, incluye la realidad de estos, puesto que «en la totalidad de su esencia existe todo cuanto existe.»

Para Krause, Dios existe en el Espíritu y en la Naturaleza, sin ser determinada y exclusivamente

ninguna de estas dos cosas: el Espíritu y la Naturaleza, ó hablando en castellano sencillo, los espíritus y los cuerpos son dos manifestaciones, dos fases, dos determinaciones de la esencia divina, la cual comunica y dá su esencia al universo sin perderla. Para Eguilaz, el alma constituye la realidad interna y esencial del cuerpo y del espíritu del hombre, de donde resulta que el cuerpo y el espíritu, en cuanto alma, son fundamentalmente iguales: de aquí es también que el cuerpo y el espíritu constituyen dos manifestaciones ó modos de ser del alma.

Creando innecesario llevar mas lejos este parangon entre la doctrina de Krause y la de Eguilaz, pasaremos á indicar, siquiera sea ligeramente, la afinidad y relaciones que existen entre la teoría del último y la doctrina espiritista.

Por de pronto es evidente que lo que el Sr. Eguilaz llama espíritu, que consta de brazos y piernas espirituales, que posee formas orgánicas, y que deja en la muerte un cadáver espiritual, es muy parecido, si ya no es completamente idéntico, á lo que los espiritistas denominan *perespíritu*, ó sea esa envoltura sutil y vaporosa, pero material, que acompaña al alma cuando se separa del cuerpo.

Hemos visto también que en la teoría del Sr. Eguilaz las transformaciones y vivificaciones sucesivas del alma se verifican constantemente en progresion ascendente de mejoramiento, de manera que en la segunda

el alma adquiere una organizacion mas perfecta que en la primera, brotando de ella un cuerpo y un espíritu mejores y mas perfectos que los que antes poseía. Oigamos ahora al gran pontifice del moderno espiritismo, teniendo presente que lo que los espiritistas apellidan *espíritu* es lo que Eguilaz apellida *alma*, asi como el perespíritu de aquellos es el espíritu del segundo. «La marcha de los espíritus es progresiva y jamás retrógrada, elevándose gradualmente en la gerarquía y no descendiendo nunca del rango á que una vez llegaron... A medida que el espíritu se purifica, el cuerpo que reviste se aproxima igualmente á la naturaleza espiritista. La materia es menos densa... percibe con los ojos del cuerpo lo que nosotros solo vemos con el entendimiento.» «Es necesario que el espíritu se halle revestido de alguna materia para obrar sobre esta; pero esta envoltura es mas ó menos material, segun el grado de pureza al cual hayan llegado los espíritus; y esto es lo que constituye la diferencia de los mundos que debemos recorrer.» (1)

Finalmente, sabido es que uno de los dogmas fundamentales del espiritismo es la *reincarnacion*, ó sea la pluralidad de existencias sucesivas para el hombre. «La doctrina de la reincarnacion, escribe el citado Allan Kardec, es decir, la doctrina que consiste en

(1) Allan Kardec, *Le livre des Esprits*, lib. 2.º, cap. 4.º

admitir para el hombre muchas existencias sucesivas, es la única que responde á la idea que nos formamos de la justicia de Dios respecto de los hombres colocados en una condicion moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir.» (1)

Si escuchamos ahora al autor de la *Teoría de la inmortalidad del alma*, le veremos admitir el principio de la trasmigracion y de la reincarnacion del alma no solamente respecto del porvenir, como los espiritistas, sino tambien respecto del pasado; de manera que, en su opinion ó teoría, nuestra alma, antes de ser hombre y constituir la esencia íntima de éste, ha sido animal, planta y hasta mineral, doctrina que envuelve la profesion del materialismo en toda su desnudez, siquiera pretenda atenuar en parte la repugnancia que inspira á la recta razon, presentándose bajo fórmulas panteistas. Oigamos sino sus palabras: «Lo que aquí debo añadir es que, como resultado lógico de todo esto, el principio de la trasmigracion es el que rige esa elevacion y ese ennoblecimiento progresivo del Universo... Cuando un sér (una planta, un animal, un hombre) llega al instante de su muerte, su alma, esto es, su unidad fundamental, avanza un paso en la escala de la vida, y se crea por sí misma su nuevo cuerpo y su nuevo espíritu, cuerpo y espíritu que brotan de ella, segun ejemplos

(1) Allan Kardec, *Le livre des Esprits*, lib. 2.º, cap. 4.º, pág. 76.

que ya he citado, como los colores brotan de la luz al atravesar esta un prisma de cristal. Y no se encuentre extraño que extienda yo ahora á la planta y al animal lo que antes dije solo del hombre, y que atribuya á la una y al otro un cuerpo y un espíritu. Nada de lo que posee un sér superior, como el hombre, deja de existir, aunque en estado mas rudimentario, en los séres inferiores; y así cada animal, lo mismo que cada árbol ó cada mineral, tienen combinados un elemento material y un elemento espiritual, que son determinaciones paralelas de su esencia. Al morir, pues, un sér (cualquiera que sea) renace nuevamente con condiciones mas perfectas, merced á la práctica vital que ha llevado á cabo en su anterior existencia... Los hombres todos procedemos, por consiguiente, de vivificaciones pasadas, en que, bajo formas mas humildes, nos hemos ido capacitando para alcanzar el grado de dignidad en que nos encontramos.»

Creeríamos inferir injuria á nuestros lectores, deteniéndonos en combatir una doctrina en que lo absurdo corre parejas con lo ridículo. Por otra parte, ya dejamos demostrado que las afirmaciones que le sirven de base y antecedente, así como á la teoría del alma, con la cual se halla relacionada, son afirmaciones completamente gratuitas, destituidas de fundamentos racionales y opuestas además al sentido comun de los hombres. Aquí, como en toda la teoría del señor Eguilaz, la ciencia y la misma razon natural pura, no descu-

bren ni pueden descubrir mas que un conjunto informe y abigarrado de panteísmo krausista, de espiritismo y de materialismo.

Para todo hombre dotado del uso normal de su razon, siquiera no haya saludado las ciencias filosóficas, el alma humana pasando del mineral á la planta y de esta al bruto, para trasformarse finalmente en hombre; el alma humana, residiendo en el mineral ó la piedra, y produciendo allí un cuerpo y un espíritu; el hombre, en fin, saliendo del mineral, ó mejor dicho, identificándose con el mismo en cuanto á su esencia y sustancia íntima, son cosas que no merecen mas refutación ni respuesta que la que daba en otro tiempo san Agustín á los Epicúreos: *Pudet me ista refellere.*

Los materialistas del pasado siglo y los discípulos de Voltaire, La Metrie, Holbac y sus afines nos dispensaban demasiado honor al hacernos proceder del mono ó del orangutan; preciso es que rebajemos nuestros humos, contentándonos con padres mas humildes; una piedra berroqueña y una zarza, nos bastan y nos sobran, segun los descubrimientos de nuestro moderno filósofo.

Aquí deberíamos dar por terminado este ligero trabajo, porque una vez demostrado lo gratuito de las afirmaciones en que estriba la teoría del señor Eguilaz, y puestos de relieve los groseros errores y absurdos que esta teoría tan explícitamente consigna, ningun valor

puede ya tener, á los ojos de la razon y de la verdadera ciencia, la aplicacion ó deducción que de la misma pretende sacar su autor, ó sea la negacion del infierno y de la eternidad de sus penas, negacion que puede considerarse como el objeto final y preferente del libro que nos ocupa. Esto no obstante vamos á examinar, siquiera sea someramente, esta fase de la teoría del señor Eguilaz.

### III.

Despues de pretender ridiculizar este escritor la «division de la vida humana en dos actos, de los cuales el primero dura los míseros sesenta ú ochenta años que pasamos en este mundo, y el segundo empieza á continuacion para no concluir jamás, escribe lo siguiente:

«Lo único que, segun ese desdichado modo de pensar, puede hacer Dios para que tal gloria y tal infierno sean en efecto definitivos, es dedicarse con esquisito esmero á impedir que á ningun bienaventurado se le ocurra ningun pensamiento ni afecto pecaminoso, estorbando á la vez con todas sus fuerzas que ningun condenado se arrepienta en ningun momento de sus